


ELENA  
MORENO  
DONDEQUIERA  
QUE ESTÉS

AE  
& I  


## Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Primera parte](#)

[1. Después...](#)

[2. Abandonar la casa de Katy](#)

[3. Un cuaderno rojo](#)

[4. Traslado](#)

[5. Trocitos de ti](#)

[6. Las células anómalas](#)

[7. Un vecino compasivo](#)

[Segunda parte](#)

[8. Palabras iluminadas](#)

[9. Protegiendo la nostalgia](#)

[10. Isabel y Mandy](#)

[11. Tras los ojos tristes de la chica del metro](#)

[12. Si ella quisiera contarme...](#)

[13. Antes de que llegue la nieve](#)

[14. Donde se esconden las luces de colores...](#)

[15. Llamando a tu puerta](#)

[Tercera parte](#)

[16. Llévame contigo](#)

[17. Los árboles que pueblan tus miedos](#)

[18. La deuda de amor](#)

[19. Un ramo de rosas](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota](#)

[Créditos](#)

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora Descubre Comparte**

*Para mi madre, que cocinó mi corazón.  
Para mis hermanos y hermanas.  
Para Fernando, mi bailarín, en quien pienso  
cada uno de los días en los que quiero quererlo  
y no está.  
Para vosotros, los dueños de mis abrazos.*

«No conseguirá nunca  
tu lanza  
herir el horizonte.  
La montaña  
es un escudo  
que lo guarda.»

FEDERICO GARCÍA LORCA  
*(Hora de estrellas)*

## PRIMERA PARTE

## 1. DESPUÉS...

*Solo con quien te ama puedes mostrarte débil sin provocar una reacción de fuerza.*

THEODOR W. ADORNO

Lo que no alcancé a contarte es que aquella mañana del 23 de abril de 2012 perdí el metro de las 8:30. Esperé al siguiente fundiéndome con la gente que, a esa hora temprana, se dirigía hacia sus destinos concentrada en sí misma. Llevaba conmigo un cierto desasosiego. La causa era aquella despedida prisionera que tuvimos.

Miré al cielo, que aquel día estaba limpio, azul, hermoso, buscando ese orden con el que contamos: al sábado le sigue el domingo, al lunes, el martes... Después de mayo llega junio... Era el día del Libro y en la biblioteca habían organizado una jornada de puertas abiertas. En la calle Diputación, a la altura del café El Globo, vi que estaban montando un tenderete. No me detuve y continué caminando hasta mi despacho para emprender la rutina del trabajo.

Iba pensando en ti.

El siguiente recuerdo que poseo es de unas horas más tarde, y curiosamente es el sonido de una moneda rodando por un suelo de baldosas. Creo que era de un céntimo. De lo que estoy segura es de haberme precipitado hacia ella, persiguiendo con vacilación la ruta incierta de su destino, y también de haber escuchado cómo aquel médico me decía:

—Déjelo, por favor... —resonó su voz a mi espalda cuando me agaché.



Pero había sido rápida, y los sorprendí con aquella inesperada destreza. En realidad, ellos —él e Isabel— no eran capaces de entender que parte de mi vida estaba en aquella pequeña moneda que se había escapado de una bolsita de plástico que el doctor vacilaba a quién entregar. La bolsa contenía tu móvil, tu cartera, el colirio, unas gafas con los cristales rotos y algunas monedas.

Lo único que deseaba en ese momento era atrapar aquel céntimo. Se había convertido en un objetivo que me alejaba de la insoportable crónica que aquel hombre con bata verde se esforzaba en darnos con la mayor naturalidad posible. Relataba lo que había sucedido separando las palabras, haciendo hueco entre una y otra para que tuviera sitio la inmensa realidad.

—Le mantuvieron las constantes vitales, pero los daños internos...

Relatar, contar, describir lo acontecido o imaginado...

Tú decías que los narradores detenían el tiempo haciendo respirar al pasado, olvidando el presente, anhelando el futuro. Cuando hablabas de tus pasiones sonreías. Tus ojos se achicaban y mostraban aquel verde salpicado de manchitas que me parecía una jungla melancólicamente iluminada. No sé si hoy me duele más la ausencia de tu voz, la magia de tus historias o el secreto al que hasta hoy no me he atrevido a acercarme.

Entré en aquel despacho del hospital, al que acudí noqueada, siendo la esposa de Baltasar Mugaritz. Sabía que cuando saliese ya no podría conjugar el presente de mi vida contigo en plural. En un acto de máxima concentración atrapé aquella monedita porque era lo último de ti. La retuve en mi mano apretándola durante unos segundos. Luego alargué el brazo para devolverla a su sitio: la bolsa de plástico de la que se había deslizado. Isabel trató de detenerme. Y el médico dijo esa frase imprescindible que una necesita llevarse a casa.

—No sufrí.

Cogí un bolígrafo que había sobre la mesa y literalmente le arranqué el papel de la mano al doctor para fir-

marlo. Era el mes de abril y, unas horas antes, en el vagón del metro había pensado que la primavera era un regalo maravilloso, que al lunes iba a seguirle el martes, y que en cuanto te viera me iba a rendir a tu abrazo.

Hoy, me rodea un silencio habitado todavía por ti. Por la ventana entra la luz de septiembre en nuestro norte, el aire huele a otoño y se termina por fin esta iluminación impertinente del verano. Todo parece igual, se repite la secuencia estacional y vuelve este tiempo a alborotarnos los recuerdos. Llegan esas fechas en las que comienzan los cursos escolares, cambia la hora, refrescan las noches. Volvemos a estar casi en el mismo momento en que años atrás nos comprábamos una chaqueta gruesa que creíamos necesitar para abrigar el destemple, cuando soñábamos que íbamos a encontrar un amor más eterno, un perfume más nuestro, una vida más sabia. Sin embargo, este septiembre, mi amor, no es igual a otros. Ni parecido. En este septiembre no me cabe tu vacío. No termino de poder conducir a su destino este agujero negro, infinito, inabarcable, de tu ausencia, ni el recuerdo de aquella moneda que rodó por el suelo del despacho de aquel médico.

Poner música, tomarme una copa de vino, tumbarme a leer, ver una película. Hago esas cosas que tengo asociadas a la felicidad, pero lo que antes era sencillo ahora no lo es tanto. En mitad de mi vida cotidiana vienen a robármela imágenes, recuerdos, narraciones de días que se pasean por mi cabeza. Me sorprenden mientras trabajo en el despacho, me acompañan a la compra haciendo el caminar lento y pesado como una losa. Sé —en parte— lo que me sucede. Me sobra el peso de saber que no vendrás esta tarde, ni mañana. Que tampoco te irás porque han quedado puertas sin cerrar. Que no te puedo echar, pero que tampoco puedes quedarte dondequiera que estés.

De alguna manera no he salido de aquel despacho, aunque me llevara la bolsa con tus cosas y el papel firmado para que tus órganos sirvieran para hacer sonreír a alguien.

Una necesita tiempo para amoldarse a manejar la ausencia que no imaginó. Y en ese tiempo se me coló el virus de no saber por qué fuiste por aquella carretera por la que no debías ir, o por qué recibes —en tu móvil— unas inquietantes llamadas.

Me falta la paz, Baltasar. El rosa de estos cielos se hace jirones cuando me siento prisionera de la vida que no viví contigo. Se detienen los días cuando esa voz pronuncia tu nombre. Yo destejo el tiempo buscando razones entre las sombras y quizá a causa de ellas recordé lo que me decía mi madre cuando acudía con una pena a su cobijo.

—María, empieza por el principio...

Por eso, fui a comprar un cuaderno. Rojo, brillante, gordo, el más grueso que había en la librería. Ninguno me parecía tener las hojas suficientes para contar lo que no puedo contar..., que septiembre con sus cielos y sus sombras entra por la ventana a pedirme que vuelva a ser María Noriega.

Te voy a confesar un secreto que nunca te dije: siempre creo que voy a ser otra en septiembre. Quiero reinventarme. Darme otra oportunidad. Y aunque sepa que hago trampas al solitario, me gusta sortear al destino, jugar con él y empezar esos días montada en la ilusión de echarle un pulso a la sorpresa.

Isabel también ha colaborado en este intento de reinventarme. Ayer, un poco pasadas las diez de la mañana sonó el timbre. Abrí la puerta con esa somnolencia pegajosa de los sábados, descalza, desmañada y perdida. Viviendo sin vivir en mí, como santa Teresa. Ella, Isabel, que con toda probabilidad se había metido un par de cafés en el cuerpo, entró en casa, tiró su bolso sobre la consola y continuó envuelta en un monólogo que había comenzado antes de llegar al segundo piso, antes incluso de que interrumpiera la perplejidad que me envolvía.

—... y te juro que ya no se trata de un duelo. —Miraba al suelo sin querer mirarme a mí, que permanecí en la puerta boquiabierta—. Esto es regodeo, hacer la puñeta a los que te queremos y aquí se acabaron las tonterías, María...

Se ha terminado el verano. Los niños vuelven al colegio, y tú tienes que volver a la vida. Llevo cinco minutos pegada al timbre...

En ese momento cogió aire y yo cerré la puerta. Me tendió un pañuelo floreado y ligero que traía hecho un ovillo bajo el brazo.

—¿De dónde lo has sacado? Es mío —observé adentrándome en mi espesa memoria. ¿Cuándo era la última vez que me lo había puesto?

—Ya lo sé. Lo compraste en Sevilla el año pasado. Estaba anudado en la barandilla de la escalera. Lo reconocí y, como estás medio lela, pensé que se te habría caído y que si no lo cogía te quedarías sin él. ¡Da gracias a que hay almas caritativas que te vigilan de cerca!

Isabel tomó asiento en el sofá. Yo la seguí con esa docilidad que imprime la rabia de alguien. Resopló. Volvió a levantarse cuando se percató de que la noche anterior había dejado los restos de la cena sobre la mesa. Tú sabes que no lo puede remediar, es una histérica perfeccionista, y siempre acaba quitando las migas de todas las mesas..., así que recogió mis platos haciendo ruido, entrechocándolos para que me diera por enterada y fue hasta la cocina.

Sabía que mi amiga tenía razón, Baltasar, lo sabía, de esa manera en que se saben tantas cosas que una no se atreve a saber del todo. Me refugiaba de la realidad porque no podía con ella. Me dolía tanto tu ausencia como los secretos que te habías llevado sin pronunciar.

Volvió de la cocina exhalando energía, revolviendo el aire. El pequeño formato que tan bien luce Isabel impone esa contundencia que emana de su interior cuando está de mala leche. Sus pasos, rotundos a mi alrededor, eran como adjetivos impronunciables en presencia de ese vínculo que nos une desde la época de la universidad.

Al mirarla ir y venir comprendía que la rabia le enredaba la lengua. Perdía su batalla. La amistad es lo que tiene. Se saben algunas cosas, que son una especie de colchón de sabiduría sobre el que descansar tanta ignorancia como tenemos. Cuando Isabel, mucho más competitiva que yo,

pierde, se cabrea. Y su batalla era yo, y la mía eras tú. Y en ese momento supe que debería comenzar a pasear sobre mi vida de atrás hacia adelante, como si se me hubiera perdido algo en el camino, que era en realidad lo que había sucedido. Te había perdido a ti de todas las maneras que uno puede perder a quien ama.

—Mírate... —me dijo Isabel respingando el gesto—. Te estás acostumbrando a no ser.

Sentí un latigazo. Odiaba dar pena; despertar esas confusas compasiones de cine de domingo. No soportaba que me visitaran como si fuera una impedida enferma, una convaleciente del destino. Porque yo no estaba enferma. Estaba perdida, me faltaban mapas para orientarme, estaba aniquilada.

Había vivido apuntando hacia ese objetivo que es la felicidad, pero en ese momento me costaba mucho esfuerzo no ser una sombra de mí. Ya no sabía respirar a gusto... Intento recordar a la que estaba antes, la que había sido capaz de levantar pasiones. La tuya entre otras. ¿Recuerdas? Lo había hecho pegada a mi sonrisa, viviendo con ganas, valentía, pasión, redimiendo la estupidez con paciencia y sentido del humor. Me gustaba la vida, sus rescates, pero...

—Estas hecha una pena... —añadió mi amiga sin piedad.

Era verdad. Estaba hecha unos zorros. Abandonada por mí misma. La espesura de mi dolor me impedía seguir el hilo del monólogo de mi amiga y de la honda impotencia que desprendía. Lo intentaba, pero la voluntad se me escapaba; me quedaba, sin querer, como una lela mirando sus zapatillas, su jersey, sus movimientos...

—Mira, María, la vida es lo que es. Las mujeres nos quedamos solas tarde o temprano. Es algo que hay que aceptar. ¿Qué eres tú ahora?

—¿Yo? —respondí sin entender a dónde quería llegar y dando vueltas a mi pañuelo floreado.

—Sí, tú. Hace unos años tú eras separada y ahora eres viuda. ¿Comprendes? Viuda, vi-u-da. No es que quiera me-

ter el dedo en la llaga, lo que quiero es que bajas de esa palmera y tomes tierra para siempre. Eres viuda, María.

—Viuda... —repetí con perplejidad.

No pude quedarme a reflexionar en lo que en aquel momento me parecía ese trozo de tierra que llaman *tierra de nadie*. Me negaba a que esa palabra formara parte de mi vida. *Viuda* era un vocablo que había ido guardando para mis tías, para esas mujeres que se pasaban la tarde delante de un descafeinado en una cafetería del centro, para las que tenían artrosis y se operaban de la cadera, para aquellas a las que no las esperaba nadie al entrar en casa, ni se sentían deseadas, para otras mujeres en definitiva, no para mí.

Podía divorciarme, volverme a casar, a divorciar, o ser esa palabra horrible que hay ahora, *single*, arrimada, arremontada y hasta vivir en pecado. Cualquiera estado me hubiera pertenecido. Cualquiera menos viuda. No sabía qué hacer con el dolor que me proporcionaba pronunciar esa palabra.

Pero Isabel era un *panzer*. Estaba harta de no tenerme y aquella mañana avanzaba hacia la realidad sin que se le moviera un pelo.

—Ser viuda es un estado que en esta sociedad en la que acabamos de aterrizar como mujeres no tiene ninguna categoría. Es estar en medio de ninguna parte. No perteneces, pero perteneciste, no cobras una pensión digna, pero algo cobras, el amor se recuerda, pero no se tiene, puedes hacer de todo, pero no todo se puede hacer... Hay que aceptar que eres eso: viuda. Que media vida se te ha ido como por arte de magia, que hay objetos que están en tu casa y que ya no te pertenecen, no tienen ningún sentido, que hay costumbres que tendrás que cambiar, y que sobre todo tu agenda social se resentirá mucho... En las mesas de las bodas te meterán de relleno. En los viajes te pondrán al lado del que está más hecho polvo, como si la pena te hubiera hecho de Cáritas a jornada completa.

Isabel hizo una pausa y me miró de refilón. Yo la escuchaba como puesta por el Ayuntamiento. No pestañeaba y,

a juzgar por lo que vino después, no le debí de dar la sensación de que tuviera bastante.

—Eres viuda, María, una puñalada trapera, traperísima..., pero no te has muerto y eso te lo tienes que meter entre ceja y ceja. Concedo que sea algo así como si te faltara un brazo y tuvieras que empezar a manejarte con el que te queda, pero hasta la pena se reeduca, porque la vida es maravillosa cuando se pone a ello, aunque sea solamente un maldito instante.

Se levantó como si aquel discurso le hubiera puesto un resorte en el trasero. Corrió la cortina y abrió la ventana decidida.

—Mira qué día, María...

Una leve brisa repartió aromas por la habitación, se renovó el aire. Lo agradecí silenciosamente. Su narración ininterrumpida, hiperrealista y digna de un sociólogo con máster en la Sorbona me tenía hipnotizada. La observé detenida a contraluz, poniendo sus ojos más allá del mirador, inclinándose para poder ver lo que estaba hacia abajo.

—Tienes el jardín como la selva amazónica... Hay malas hierbas para dar y regalar... Ya te vale.

—Tengo que ir al invernadero, a por bulbos...

—¿A por bulbos?... —repitió con ironía—. ¡Ponte guapa! ¡Llora con ganas! ¡Cuenta que se te ha roto la vida por la mitad! ¡Haz lo que tengas que hacer, pero sal de ahí!... ¡Yo no puedo seguir viéndote así! Como si estuvieras en Marte... No soy astronauta.

Isabel cerró la ventana. Luego vino a sentarse cerca de mí y cambió el tono de voz.

—Sé que no es fácil, te lo aseguro, sobre todo tratándose de un hombre como Baltasar; pero a los días, a veces, hay que ayudarlos a amanecer. Tú siempre has tenido mucha voluntad y eso es tener la mitad del camino hecho. Eres guapa, tienes salud, un hijo estupendo, inteligencia, trabajo y el pecho en su sitio, que es mucho tener. —Hizo una pausa, suspiró y alejándose unos centímetros, añadió—: Lo del psiquiatra está bien. Lo encuentro muy caro, pe-